

El mensaje liberador, desde Cristo, de Juan Pablo II

Card. Alfonso López Trujillo

UN importante periodista me decía en Roma, en los umbrales de la visita del Santo Padre a Colombia, que, en algunos medios de comunicación eran tres los temas que parecían interesar: el problema de las guerrillas y de la violencia, el del narcotráfico y el de la Teología de la Liberación. Tal visión de las cosas acusaba un prejuicio de impresionante cortedad de miras. Sobre todo en alguna prensa extranjera se notaron los efectos. Hay que confiar en que, en general, sea otra la imagen que se haya proyectado del país a la faz del mundo. Fue otra imagen, muy distinta, la que ciertamente llevó el Santo Padre en su corazón de Pastor.

¿Por qué el interés especial después de tanta agua que ha corrido bajo los puentes, sobre el mensaje del Papa, previsible, en Colombia, en cuanto a la Teología de la Liberación? Aunque se tiene la impresión de que era exagerada la expectativa, algunos hechos contribuyeron a que se aumentara el interés. En primer lugar, Colombia es sede de algunas Instituciones de Iglesia, a nivel latinoamericano, como el CELAM. Medellín fue sede de la II Conferencia General del Episcopado. Además, algunas publicaciones en periódicos y revistas provocaban una curiosidad suplementaria, no sin ansiedad. Parecida a la que se registró con ocasión de la Conferencia de Puebla.

Los años inmediatamente anteriores a la Conferencia de Puebla habían sido más bien agitados, en torno a estas cuestiones, como el primer trecho después de la histórica Conferencia. La discusión había tenido un ámbito prevalentemente latinoamericano. No faltaron ciertamente las observaciones de los Pontífices. Pablo VI detectó con perspicacia y capacidad de penetración los riesgos de las formulaciones que comenzaban a aparecer y las posibilidades de una bien entendida liberación. El Sínodo de los Obispos, de 1974, que tuvo como tema la evangelización y que dio lugar a la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, fue la primera expresión papal sobre tan compleja y delicada materia. Recogía el Papa la preocupación de los Episcopados y del CELAM, la cual tenía amplia fundamentación. Quizás nunca la Iglesia de América Latina había pasado por una amenaza semejante. Abundan los movimientos de orientación bien característica, inspirados por los criterios de los Cristianos por el Socialismo y que desembocaron, por la vía de una de las Teologías de la Liberación, en el torbellino de la Iglesia Popular. La novedad fue la instrumentalización política, ya en el sentido más estricto, en el fenómeno sandinista, en contravía de muchas esperanzas.

La *Evangelii Nuntiandi* puso el dedo en la llaga. Desde entonces la posición de la Iglesia, en el centro de cohesión, la Cátedra de Pedro, ha venido haciendo un enorme esfuerzo de clarificación. La Conferencia de Puebla trazó unas directivas luminosas sobre lo que debía ser una adecuada reflexión liberadora y lo que la ensombrecía y obstaculizaba. Al CELAM, en unión con los Episcopados, y con el más amplio y consistente respaldo, correspondió una misión dolorosa, pero necesaria. Se trataba de evitar los males de un desgarramiento, nada menos que en la doctrina, con todas las consecuencias pastorales. No era un cometido secundario. Estaba en juego, en cierta forma, el futuro de la Iglesia de América Latina. San Juan Crisóstomo anotaba, refiriéndose a situaciones similares: "Cuando un alma sufre falsas opiniones sobre los dogmas, hay entonces una gran necesidad de la palabra no solamente para dar seguridad a los que están al interior de la Iglesia, sino también para luchar contra los que la atacan desde fuera" (*Sobre el Sacerdocio*, IV, 3). Había, en los tiempos de Puebla, cuestiones doctrinales de particular gravedad. Algunas bordeaban asuntos dogmáticos. Se crearon mitos. Se formaron imágenes y caprichosas catalogaciones, por evidentes presiones políticas e ideológicas, bien fáciles de captar.

Los ataques desde afuera no faltaban. Se presentaban con gran sensibilidad eclesial, como explosión de amor a los po-

bres, gentes que desde mucho tiempo atrás habían dejado la práctica religiosa y que habían orientado sus opciones al calor de ideologías simpatizantes con las teorías marxistas. Se estableció una estrategia para que el ataque se diera por todos los flancos, con la colaboración también, de algunos de *adentro*. A éstos tendría que aludir el Santo Padre años más tarde en una célebre carta al Episcopado de Nicaragua, sobre la Iglesia Popular. Había brechas. Y era preciso tapparlas, para evitar la ruina del conjunto. La expresión es de San Juan Crisóstomo. Era preciso acudir a la PALABRA, que es la del Señor, la de la Iglesia, la de la viva tradición.

No se ha perdido la memoria en América Latina de todo lo que representó esta noble batalla eclesial. Juan Pablo II, en su discurso al CELAM, la evocó: "EL CELAM ha contribuido a reforzar la cohesión entre las distintas Iglesias Particulares, señalando también con responsabilidad y solicitud pastoral, las ambigüedades que en algunos momentos amenazaban la identidad eclesial" (Discurso del 7 de julio de 1986).

No obstante la suficiente claridad de Puebla y las Declaraciones de los Episcopados, en la línea trazada por los Pontífices, el fenómeno siguió en algunas partes su curso.

En Colombia, los puntos básicos de la discusión fueron presentados en el documento *Identidad cristiana en la acción por la justicia*. La unidad del Episcopado fue alabada expresamente por Juan Pablo II, en varias ocasiones, a lo largo de su visita. Puede sintetizarse en esto: la lucha por la justicia requiere la identidad cristiana, base de eclesialidad. Hay que trabajar por los pobres. Hay que amarlos; pero no transitando por los vericuetos del análisis marxista y de la lucha de clases.

El Documento tiene la fecha del 21 de noviembre de 1976. Consagra la segunda parte a los *Contenidos Ideológicos*, abordando temas como: la primacía de la política, la adopción global del análisis marxista, el misterio de la Iglesia, etc. El n. 84 daba la voz de alarma: "El análisis marxista se ha convertido, en algunos casos, en el instrumento corriente de 'concientización' que llega a identificar sus características y proyecciones de una concientización cristiana con la que proviene de la ideología marxista, y que, además de provocar alteraciones en la objetividad del diagnóstico, condiciona psicológicamente para proceder tan sólo en el esquema de la lucha de clases. Causa preocupación, no extrañeza, comprobar cómo cristianos que asumen globalmente el análisis marxista terminan por ver debilitada o destruida su fe bajo la

presión de la nueva ideología que, consciente o inconscientemente, va suplantando su visión cristiana del hombre y de la sociedad. Esta metodología termina imponiendo una mentalidad". Abundaba nuestro Episcopado sobre la cuestión, años antes de la Conferencia de Puebla: "Pretenden imponer, como si fuera un hecho histórico incontrovertido, la especie de que los pastores han estado siempre del lado de los poderosos, en una oscura «alianza» con el «sistema», con los opresores, y que han sido insensibles al dolor y a la miseria de los pobres. Tal caricaturización no se compagina con la realidad histórica, ni podría explicar el hecho —ese sí irrefutable— de cómo la mayor fuerza y timbre de orgullo de la Iglesia colombiana está en la adhesión a los pobres, los campesinos, los obreros, los sectores humildes, a los que ha procurado servir siempre. La Iglesia colombiana está ligada a la promoción humana de nuestro pueblo y ratifica el mismo propósito de contribuir, desde su campo específico, para la realización de las esperanzas legítimas de todos los colombianos..."

"La metodología de Marx, antes aplicada exclusivamente a la realidad socioeconómica, es utilizada ahora por estos mismos cristianos para estudiar dizque «científicamente» a la Iglesia. De esta manera buscan descubrir en el seno mismo de la comunidad eclesial la lucha de clases. Así como la sociedad estaría antagónicamente dividida entre burguesía capitalista y proletariado, la Iglesia estaría también dividida entre la Iglesia «institucional», representada por la jerarquía, burguesa y aliada del capitalismo, y el «pueblo de Dios», entendido aquí —muy lejos del pensamiento conciliar— como clase proletaria".

"En otras palabras, pretenden penetrar en el misterio de la Iglesia únicamente desde el punto de vista y a partir de una clase socio-política, como es el proletariado, concebido al estilo marxista. Hacen un tránsito ilegítimo e imposible del «Pueblo de Dios» como comunidad de fe, a las clases populares y más concretamente al proletariado como lo concibe el marxismo, es decir, a la clase obrera industrial, despojada de los medios de producción, en la cual reside la redención social, por el camino de la revolución" (*XXXII Asamblea Plenaria de la C E C. —1976. Nos. 106, 108, 109*).

Denunciaban con realismo los Obispos de Colombia el riesgo de romper la unidad eclesial, fenómeno que no ha estado ausente, por desgracia, en algunos casos. Apenas se hablaba de una "Iglesia Popular" de la cual ha tenido dolorosa experiencia Nicaragua. Tenían profunda carga premonitrice las denuncias de Pa-

blo VI, (recogidas en *Identidad Cristiana en la Acción por la Justicia*), quien abogó por la Reconciliación. "Tenemos la polarización del disentimiento... esta situación lleva dentro de sí e introduce... los gérmenes de la disgregación... Levantan acusaciones contra los Pastores de la Iglesia, no tanto por lo que hacen o cómo lo hacen, sino sencillamente porque, como dicen, serían los guardianes de un sistema o aparato eclesiástico en oposición a la institución de Cristo..." (Pablo VI, *La Reconciliación dentro de la Iglesia*, 8 de diciembre de 1974, págs. 15-16).

Tal clase de disentimiento, basado en la ideología marxista, debilitaba el vigor eclesial en el compromiso con los pobres. El punto medular era la *identidad* eclesial, sin la cual la apertura y el servicio del mundo se oscurecería. Bien ha observado Hans Urs Von Balthasar: "Si la Iglesia se ocupara sólo de la necesidad y urgencias del mundo, fuera de sí, no tendría nada para llevarle... la Iglesia debe, en un primer momento ser verdaderamente ella misma, serlo siempre más incluso en la asimilación del mundo, para poder, en un segundo momento anunciar y dar al mundo fuera de ella lo que le es propio" (*Gli Stati di Vita del Cristiano*, Jaca Book, pág. 301).

La modalidad criticada de Teología de la Liberación producía el vaciamiento y la esterilización de la Iglesia.

La violencia sólo destruye. Ese documento tuvo la más amplia difusión mundial. ¿Cuál será y es el eje de la controversia? No el amor a los pobres, del cual la Iglesia ha dado amplias pruebas. Lo discutido, lo no aceptado, lo rechazado categóricamente por los obispos en Colombia y en otras partes del continente era y es la inspiración marxista de ciertas corrientes y el uso ilícito de sus categorías.

El empleo indebido de estas categorías, que se centran en la *Lucha de Clases*, había sido denunciado con antelación. Estos desvíos fueron denunciados incluso por teólogos simpatizantes de planteamientos menos moderados en la materia, como Schillebeeckx, y Moltmann y por no pocos latinoamericanos. La Conferencia de Puebla pondría en evidencia la peligrosidad para la Iglesia, sin rodeos. Producía el efecto de una metástasis que rompía la armonía de la reflexión teológica. Así se expresaron los obispos: "Se debe hacer notar aquí el riesgo de ideologización a que se expone la reflexión teológica, cuando se realiza partiendo de una praxis que recurre al análisis marxista. Sus consecuencias son la total politización de la existencia cristiana, la disolución del len-

guaje de la fe en el de las ciencias sociales y el vaciamiento de la dimensión trascendental de la salvación cristiana" (Puebla, n. 545).

La Conferencia de Puebla acogió en "su discernimiento para la liberación en Cristo" la categórica advertencia de Pablo VI: "La Iglesia perdería su significación más profunda; su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos" (*Evangelii Nuntiandi*, n. 32)

Que no estábamos errados, lo muestran las palabras del Santo Padre al Episcopado Colombiano: "Llevad la verdadera esperanza a los pobres, que miran a la Iglesia como su única defensa, desde su esperanza sobrenatural... Abrid caminos de esperanza y de liberación auténtica, en la línea de vuestro documento episcopal *Identidad cristiana en la acción por la justicia*, y de la enseñanza del magisterio... continuad trabajando, queridos hermanos, en estrecha unidad por la auténtica liberación que nos viene de Jesucristo, Redentor del Hombre, la cual ha de ser preservada de ideologías que le son ajenas y que le desvirtúan su contenido evangélico..." (Discurso al Episcopado Colombiano, n. 8).

La cohesión episcopal, en esta materia, que ha reinado en la jerarquía colombiana, no ha sido quizás tan fuerte en otras latitudes.

Fue necesario que el 6 de agosto de 1984, la Congregación para la Doctrina de la Fe, con la aprobación del Santo Padre, publicara la Exhortación *Libertatis Nuntius*, sobre algunos aspectos de la teología de la liberación, para mostrar las desviaciones en curso y los graves errores, en el campo de la fe y de la pastoral. Todos los episcopados de América Latina la acogieron y enviaron su texto, en tal sentido, a la Santa Sede. Y se anunció un segundo documento, en el que se indicarían los caminos positivos para una verdadera liberación. Fue un largo y minucioso trabajo, con siete redacciones, previa consulta a los episcopados del mundo.

Apareció, así, la instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis Conscientia*, del 22 de marzo de 1986. También tiene la expresa aprobación del Santo Padre.

Este documento había sido anunciado por el Santo Padre a un grupo de obispos del Brasil, reunidos del 13 al 15 de marzo. En el discurso pronunciado el 13 de marzo desea "una defini-

ción de la identidad evangélica y eclesial” de la Teología de la Liberación. Indica: “Purificada de elementos que podrían adulterarla, con graves consecuencias para la fe, la Teología de la Liberación no es sólo ortodoxa, sino necesaria”. Léase bien: purificada..., es decir, corregidos los errores de unas de las corrientes, de acuerdo con lo que se expresó en la exhortación *Libertatis Nuntius*, y que mantiene toda su validez. En la forma más clara el segundo documento *Libertatis Conscientia* manifiesta: “Lejos de estar superadas las advertencias hechas, parecen cada vez más oportunas y pertinentes”.

El empleo indebido de estas categorías, que se centran en la *Lucha de Clases*, había sido denunciado con antelación. Estos desvíos fueron denunciados incluso por teólogos simpatizantes de planteamientos menos moderados en la materia, como Schillebeeckx, y Moltmann y por no pocos latinoamericanos. La Conferencia de Puebla pondría en evidencia la peligrosidad para la Iglesia, sin rodeos. Producía el efecto de una metástasis que rompía la armonía de la reflexión teológica. Así se expresaron los obispos: “Se debe hacer notar aquí el riesgo de ideologización a que se expone la reflexión teológica, cuando se realiza partiendo de una praxis que recurre al análisis marxista. Sus consecuencias son la total politización de la existencia cristiana, la disolución del lenguaje de la fe en el de las ciencias sociales y el vaciamiento de la dimensión trascendental de la salvación cristiana” (Puebla, n. 545).

La Conferencia de Puebla acogió en “su discernimiento para la liberación en Cristo” la categórica advertencia de Pablo VI: “La Iglesia perdería su significación más profunda; su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos” (*Evangelii Nuntiandi*, n. 32)

Que no estábamos errados, lo muestran las palabras del Santo Padre al Episcopado Colombiano: “Llevad la verdadera esperanza a los pobres, que miran a la Iglesia como su única defensa, desde su esperanza sobrenatural... Abrid caminos de esperanza y de liberación auténtica, en la línea de vuestro documento episcopal *Identidad cristiana en la acción por la justicia*, y de la enseñanza del magisterio... continuad trabajando, queridos hermanos, en estrecha unidad por la auténtica liberación que nos viene de Jesucristo, Redentor del Hombre, la cual ha de ser preservada de ideologías que le son ajenas y que le desvirtúan su contenido evangélico...” (Discurso al Episcopado Colombiano, n. 8).

La cohesión episcopal, en esta materia, que ha reinado en la jerarquía colombiana, no ha sido quizás tan fuerte en otras latitudes.

Fue necesario que el 6 de agosto de 1984, la Congregación para la Doctrina de la Fe, con la aprobación del Santo Padre, publicara la Exhortación *Libertatis Nuntius*, sobre algunos aspectos de la teología de la liberación, para mostrar las desviaciones en curso y los graves errores, en el campo de la fe y de la pastoral. Todos los episcopados de América Latina la acogieron y enviaron su texto, en tal sentido, a la Santa Sede. Y se anunció un segundo documento, en el que se indicarían los caminos positivos para una verdadera liberación. Fue un largo y minucioso trabajo, con siete redacciones, previa consulta a los episcopados del mundo.

Apareció, así, la instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis Conscientia*, del 22 de marzo de 1986. También tiene la expresa aprobación del Santo Padre.

Este documento había sido anunciado por el Santo Padre a un grupo de obispos del Brasil, reunidos del 13 al 15 de marzo. En el discurso pronunciado el 13 de marzo desea "una definición de la identidad evangélica y eclesial" de la Teología de la Liberación. Indica: "Purificada de elementos que podrían adulterarla, con graves consecuencias para la fe, la Teología de la Liberación no es sólo ortodoxa, sino necesaria". Léase bien: purificada..., es decir, corregidos los errores de unas de las corrientes, de acuerdo con lo que se expresó en la exhortación *Libertatis Nuntius*, y que mantiene toda su validez. En la forma más clara el segundo documento *Libertatis Conscientia* manifiesta: "Lejos de estar superadas las advertencias hechas, parecen cada vez más oportunas y pertinentes".

¿Ha habido algún cambio en la posición de Juan Pablo II respecto de la Teología de la Liberación? ¿Será verdad que lo que, en su momento corrigió y reprendió la Santa Sede, con su aprobación, ahora es aceptado y tiene carta de ciudadanía? Con curiosa insistencia y entusiasmo algunos sugieren que Juan Pablo II habría cambiado de rumbo recientemente.

En primer lugar, el Papa, nunca ha rechazado una auténtica liberación cristiana, que tiene su fuente en Jesucristo. El rechazo de la Iglesia mira a algunas formas de hacer teologías de la liberación desorientadas.

¿Qué escribe el Santo Padre a los obispos del Brasil, después de la reunión mencionada? En el número 5 de la carta, de la que fue portador el Cardenal Gantin, Prefecto de la Congregación para los Obispos, se lee: "Manifestación y prueba de la atención con que compartimos dichos esfuerzos son los numerosos documentos publicados últimamente, entre ellos las dos recientes instrucciones por la Congregación para la Doctrina de la Fe, con mi explícita aprobación... (La Teología de la Liberación) en la medida en que se esfuerza por encontrar esas respuestas justas —penetradas de comprensión para con la rica experiencia de la Iglesia en este país, tan eficaces y constructivas cuanto sea posible y al mismo tiempo en armonía y coherencia con las enseñanzas del Evangelio, de la Tradición viva y del perenne Magisterio de la Iglesia— estamos convencidos tanto vosotros como yo, de que la Teología de la Liberación es no sólo oportuna sino útil y necesaria. Debe constituir una etapa nueva —en estrecha conexión con las anteriores— de esa reflexión teológica iniciada con la Tradición Apostólica y continuada con los grandes Padres y Doctores, con el Magisterio Ordinario y Extraordinario y, en época más reciente, con el rico patrimonio de la Doctrina Social de la Iglesia..." Añade: "La liberación es, ante todo soteriológica (un aspecto de la salvación realizada por Jesucristo, Hijo de Dios) y después ético-social (o ético-política).

Reducir una dimensión a otra —suprimiendo prácticamente ambas— o anteponer la segunda a la primera es subvertir y desnaturalizar la verdadera liberación cristiana". Más aún: "Dios os ayude a velar incesantemente para que esa correcta y necesaria Teología de la Liberación se desarrolle en Brasil y en América Latina de modo homogéneo y no heterogéneo, respecto a la teología de todos los tiempos, en plena fidelidad a la doctrina de la Iglesia..."

He preferido transcribir estos textos, a fin de que no quede la menor duda acerca de la real intención del Santo Padre: purificar una liberación que sea digna de llamarse cristiana. Tarea no fácil, cuando a los oídos de la gente menos informada "Teología de la Liberación" puede ya tener una connotación negativa. En otras palabras, como bien ha anotado el secretario del CELAM, en "la hermosa carta del Santo Padre a los obispos del Brasil, se rescata para la Iglesia el término Teología de la Liberación, que algunos se habían apropiado". Lo importante son los contenidos y la fidelidad a la verdad que se nos da en la Iglesia.

No ha habido, pues, una alteración en la enseñanza del Papa. Todo lo contrario. Profundiza en sus preocupaciones y esperanzas. E invita a los obispos del Brasil, muy numerosos, a trabajar por estas sendas. De manera parecida a como invita al episcopado colombiano a “seguir trabajando por la auténtica liberación”.

A los obispos del CELAM, en relación con los documentos mencionados de la Santa Sede indica que “en el marco del magisterio pontificio, han contribuido a precisar el auténtico sentido evangélico de conceptos básicos que, arbitrariamente, venían siendo presentados desde una óptica ideológica y clasista...” y, aludiendo a la carta de la Conferencia Episcopal del Brasil, expresó: “A la vez que reconocer la utilidad y necesidad de la Teología de la Liberación, he querido recordar también que ésta debe desarrollarse en sintonía y sin rupturas con la tradición teológica de la Iglesia y de acuerdo con su doctrina social”.

Y es todo esto, precisamente, lo que brillaba por su ausencia, según la misma Santa Sede, en numerosos escritos de corrientes de la Teología de la Liberación. Además, las observaciones hechas a algunos autores por la Doctrina de la Fe, permanecen en todo su vigor y claridad.

Ante la muchedumbre de líderes de parroquias pobres y obreras, en Medellín, así habló el Santo Padre: “La Iglesia no puede en modo alguno dejarse arrebatar por ninguna ideología o corriente política la bandera de la justicia... La Iglesia colombiana por su parte ha querido estar al servicio de los pobres y no cesa de ratificar este compromiso”. La solidaridad, dice el Papa, “será fruto de la noble lucha por la justicia, que no es una lucha de hermano contra hermano, ni de grupo contra grupo, sino que habrá de estar siempre inspirada en los principios evangélicos de colaboración y diálogo, excluyendo por tanto toda forma de violencia”.

¿En qué pueden fundarse, pues, ciertos artículos que proclaman sintonía de marxistas y cristianos, y la necesidad de la asunción del análisis marxista, en las tesis de los Cristianos por el Socialismo y la Iglesia Popular? Es un engaño imaginar siquiera que el Papa haya alterado su actitud.

Los sacerdotes de Colombia aplaudieron con entusiasmo esta lograda síntesis de Juan Pablo II, heraldo de la liberación de Jesucristo: “Pero las opciones e iluminación que necesitan los cristianos en el ámbito de la promoción y liberación, particular-

mente de los más necesitados, sólo puede hacerse según el ejemplo de Jesús y a la luz del Evangelio, que prohíbe el recurso a los métodos de odio y de violencia. El amor y la opción preferencial por los pobres no puede ser exclusiva ni excluyente. Ello no significa considerar al pobre como clase, y menos como clase en lucha o como Iglesia separada de la comunión y obediencia a los pastores puestos por Cristo, sino que ha de realizarse mirando al ser humano considerado en su vocación terrena y eterna...".

En este enfoque, tan peculiar en la concepción social del Santo Padre, insistió en el discurso *Cristo en el mundo del trabajo* en el parque El Tunal: "La Doctrina Social de la Iglesia inspira la praxis cristiana en su noble lucha por la justicia, pero excluye, porque es extraña al Evangelio, la lucha programada de clases que conduce a nuevas formas de servidumbre..." (n. 348)

El Papa observó cómo la paz entre los pueblos y al interior de las naciones sólo se consigue por la vía de la reconciliación. En realidad, no hay auténtica liberación sin reconciliación y ésta se concreta en el perdón, acto original del amor cristiano (*Dives in Misericordia*) y en la verdadera conversión. Refiriéndose al episodio de Jesús en la sinagoga de Nazareth, enseñó: "El pasaje evangélico que ha sido proclamado contiene en síntesis ese mensaje de liberación mesiánica que conlleva todo el misterio de la reconciliación, cuya realización suprema pasa a través de la cruz..." (*Cristo Nuestra Reconciliación*, discurso en Barranquilla, n. 724). Y agregó: "El mensaje de liberación y de reconciliación en Cristo, se proyecta en el hoy de nuestra existencia, como una luz que nos permite hacer un profundo análisis de la realidad de nuestro mundo, en el que el pecado y sus secuelas de opresión e injusticia se hacen presentes..." (n. 29)

Hecho este rápido recorrido, hay que concluir:

1. En Colombia, el Papa ha profundizado en la doctrina de la verdadera liberación, que nos viene de Cristo y ha rechazado, nuevamente, otras formas de liberación, confundidas con las ideologías, y, concretamente, con la ideología marxista.

2. Ha arrojado más luz sobre su propio pensamiento y sobre lo que ha querido decir e indicar, en total coherencia con los documentos de la Congregación para la Doctrina de la fe, en fechas recientes, a los obispos de Brasil. No se puede hacer una interpretación, sin fundamento alguno, como si hubiera habido un cambio en su doctrina.

3. En la línea de su exhortación apostólica, *Reconciliatio et Poenitentia*, y con la mejor síntesis de una teología católica, la auténtica Teología de la Liberación, ortodoxa y necesaria, si se superan los elementos espúreos de no pocos escritos sobre la materia, se une, pasa y traduce en una teología de la reconciliación.

En torno a estos puntos centrales, en adelante, debe proseguirse el diálogo y reflexionarse sobre la liberación cristiana.

ALFONSO LÓPEZ TRUJILLO

Arzobispo de Medellín. Nació en Villahermosa, Colombia, en 1935. Compañero de estudios de Camilo Torres. Ha sido Secretario General y Presidente del Celam, Secretario de la conferencia de Puebla; es consultor de varias congregaciones romanas. Autor de numerosos artículos. Entre sus libros más importantes figuran: *Liberación marxista y liberación cristiana*, *Liberación o revolución*, *De Medellín a Puebla* y *Caminos de Evangelización*.